

Cuentos & Cuentistas

Los blues de Richard Wright

Bartolomé Leal desde Santiago

Nieto de esclavos, primer grande autor afroamericano del siglo XX, Richard Wright (1908-1960) nació en una plantación de azúcar cercana a un pequeño poblado de la orilla del río Mississippi. Su padre fue un modesto obrero agrícola analfabeto y su madre, una maestra de escuela, que por necesidad debió dedicarse a empleada doméstica. Mudada la familia a la ciudad de Menfís, el padre los abandona y tras una nueva migración por la mala salud de la madre, el niño queda a merced del brutal racismo sureño. Escribe sin parar, y a los 16 años un diario local de la comunidad negra le publica su primer cuento. Hastiado de la maldad blanca y la simpleza negra (dominada por la religión), se traslada a Chicago y aún adolescente, se relaciona con grupos progresistas, sobre todo los llamados clubs John Reed (en recuerdo del periodista testigo de la revolución bolchevique), para finalmente militar en el partido comunista. Se mueve a Nueva York donde hace sus primeras armas en el periodismo.

Tiene 29 años, una madurez ganada a punta de sufrimientos y un pensamiento político ineludible, cuando en 1937 publica su primer libro, un volumen de cuentos de título provocador: *Los hijos del Tío Tom*. Por cierto que el título ironiza con un clásico de la visión paternalista de los negros, *La cabaña del tío Tom* (1852) de Harriet Beecher Stowe, un libro generoso que aboga contra la esclavitud, pero que no va más allá de una visión cristiana y conformista; amén de limitarse al mundo de los sirvientes. De todos modos, uno de los mayores *best-sellers* en Estados Unidos del siglo XIX. Popular hasta el día de hoy, *La cabaña del tío Tom* sigue siendo lectura obligada. En los cinco poderosos relatos que componen *Los hijos del Tío Tom*, Richard Wright no se queda atrás y denuncia con pasión las injusticias, violencias y odios que genera la actitud de los blancos contra los negros pobres y oprimidos.

El epígrafe de la obra señala su enfoque rupturista, y no puedo sino ponerla *in extenso*: “La frase familiar entre los negros del período posterior a la Guerra Civil norteamericana: ¡Es un tío Tom!, que indicaba desgana tolerancia hacia el individuo servil que sabía conservar su lugar entre los blancos, ha sido sustituida por una nueva

frase de otra generación, que reza: ¡El tío Tom ha muerto!”. Wright fue pródigo en la escritura de textos testimoniales, contando sus propias experiencias, con el afán dialéctico de quien sabe de lo que habla, tanto por sus vivencias personales como por su estudio del tema. De allí el notable prólogo de *Los hijos del Tío Tom*, un texto que lleva por título “La ética de vivir a lo Jim Crow. Un esbozo autobiográfico”. Cabe señalar que Jim Crow, un personaje que da una visión del negro fuertemente estereotipada, originado en una canción, sirvió para identificar a las leyes segregacionistas que tuvieron en Estados Unidos una vigencia de casi un siglo, desde 1877 hasta mediados de los 60. Su abolición costó sufrimiento y sangre a varias generaciones de afroamericanos.



Muchos temas de la vida de los negros son mostradas en estos relatos, sobre todo ese límite tan tenue para los pobres entre la normalidad o la rutina, y la irrupción del drama; en otras palabras, como las condiciones de vida extremas son un caldo de cultivo para que hasta las expresiones de alegría se transformen en tragedia. Unos juegos

inocentes de niños negros desembocan en muertes y linchamientos; la inundación de un río deviene en terrible tragedia para los campesinos negros, e incluso la ayuda está preñada de humillación e infamia; los esfuerzos de un predicador para ayudar a sus hermanos hambrientos lo llevan a sufrir la brutalidad blanca y el desprecio de sus fieles; y así las demás. Son temas parecidos a los que trabajó Faulkner, pero donde en éste hay un lirismo extraño y arrebatador, un encarnizado trabajo sobre la construcción literaria, en Wright hay más bien una consciente limitación estética, para contar los detalles, para buscar las palabras más sencillas, para ser preciso con las frases de los protagonistas del drama. Nada de metafísica, nada de expansiones líricas. En esto busca reproducir las formas de habla, lo cual no siempre sale bien las traducciones, conviene anotar.

En favor de Wright, la lectura de sus relatos muestra que persigue una cierta distancia, dentro de la furia que lo impulsa. No acude a la denuncia fácil ni desliza frases para ganarse al lector. Simplemente cuenta, en las palabras de los protagonistas y allí tampoco los negros son santas palomas; no es raro que muestren comportamientos bastante deleznable. Es su alejamiento de los temas puramente raciales, las vivencias de otros mundos (Wright terminó por buscarse un espacio en Europa, ya que lo pusieron en las “listas negras” de Hollywood), más un sutil humor, lo que le permite evolucionar en tanto narrador. Ello se hace patente en su segundo libro de relatos, *Ocho hombres* (1961), libro publicado póstumamente y en el cual trabajaba cuando falleció en París a los 52 años. Todos llevan un título con la palabra hombre, y se parte con “El hombre que era casi un hombre”, cuya forma de narración y temática lo acercan al célebre blues “Mannish Boy” (también conocido como “I’m a man”). El tema es, obviamente, aquel período loco que se llama la adolescencia.

Los títulos de los demás cuentos son bellos, y como no puedo reseñarlos todos, los indico por si alguien se anima a buscar este libro (tarea nada fácil): “El buen hombrón negro” (marino negro busca puta en Escandinavia), “El hombre que vio la inundación” (la impotencia del negro pobre ante las furias de la naturaleza), “Hombre para todo trabajo” (el travestismo como necesidad), “Hombre, Dios no es así” (un relato africano hilarante como pocos), “El hombre que mató a una sombra” (la humillación en tanto motor del crimen), “El hombre que fue a Chicago” (negros contra judíos) y “El hombre que vivió bajo tierra” (para algunos, una de sus obras maestras, transformado en clásico

del cuento norteamericano). Me permito señalar la estructura teatral de muchos de estos relatos, hechos de puro diálogo, cosa que a Wright le importaba mucho: no meter sus opiniones sino hacer hablar a la gente en su narrativa.

Lejos de la influencia inicial de autores como Gorki o los autores sociales de su país (Sinclair Lewis y Theodore Dreiser), que alimentaron su interés original en las letras, y decepcionado del comunismo, de sus amistades (que lo despreciaron de ambos lados por casarse con mujeres blancas), de su país (la CIA y el FBI lo espionaron por años), aunque solvente económicamente, en estos cuentos se revelan muchas cosas del periplo vital y literario de este autor. En Francia se hizo amigo de Sartre, de Camus, de Beauvoir, lo que lo acercó a la filosofía existencialista. Viajó por Europa, Asia y África, dictando conferencias y escribiendo ensayos, algunos recopilados en el libro *¡Escucha, hombre blanco!* (1957), mi primer contacto con la obra de Wright. Allí escribió en un ensayo sobre los orígenes de la literatura negra en Estados Unidos: “Muchos de ellos sabían que su esperanza era desesperada, y de eso nacieron los *blues*, culminación de la desesperación sensual”.

Richard Wright es un autor fundamental en la literatura norteamericana, no sólo por lo que significó para los escritores negros (como James Baldwin o Ralph Ellison), que vieron en él un modelo de perseverancia y coherencia, sino también porque su visión del tema del racismo, por mucho que le critiquen la violencia y la tenacidad para mostrarlo en sus peores rasgos, son un legado testimonial valiosísimo que cambió la forma de los negros de verse a sí mismos. Si hay algo que predicó fue la importancia de optar por rebeldía y luchar contra el conformismo, a pesar de los sinsabores que esto le trajo, y él sabía de qué estaba hablando.



Paris, circa 1947